

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES

Septiembre 2022

79



LA BENDICIÓN
DE LOS PRIMOGÉNITOS

Editorial

Cuando creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó, los bendijo y les dio la capacidad de ser fecundos y multiplicarse (Génesis 1:27-28). Una de las cosas más preciosas que Dios dio al hombre, es precisamente la capacidad de tener hijos y enseñarles el camino del Señor, tal como dijo Dios de Abraham: Llegará a ser una nación grande y poderosa y en él serán benditas todas las naciones de la tierra, porque yo lo he escogido para que mande a sus hijos y a su casa después de él, que guarden el camino del Señor, haciendo justicia y juicio... (Génesis 18:18-19).

Cuando Dios llamó a Moisés para que liberara a su pueblo de la esclavitud egipcia, el Señor advirtió al profeta que endurecería el corazón de Faraón; vinieron nueve plagas sobre la tierra que hirieron al pueblo, pero en la décima, ya no recayó sobre las aguas o el ganado, sino que contra los primogénitos de Egipto, tanto de hombre como de animal. La noche de la pascua el Señor dijo: y cuando yo vea la sangre pasaré sobre vosotros y ninguna plaga vendrá sobre vosotros para destruirlos, cuando yo hiera la tierra de Egipto. Y pasó sin dañar a ningún primogénito, en cuya casa estuviera la señal de sangre del cordero.

Como consecuencia, el Señor dijo a Moisés que le consagrara todo primogénito; el primer nacido de matriz entre los hijos de Israel, tanto de hombre como de animal, porque le pertenecen y agregó: Y sucederá que cuando el Señor te lleve a la tierra del cananeo, como te juró a ti y a tus padres y te la dé, dedicarás al Señor todo primer nacido de la matriz. También todo primer nacido del ganado que poseas; los machos pertenecen al Señor (Éxodo Caps. 12-13). Los primogénitos varones, eran los que heredaban una doble porción de los bienes y tierras paternos de entre sus hermanos, recibían la bendición del padre

y al morir el patriarca, recibían los derechos y obligaciones de su antecesor, particularmente en el caso del primogénito del rey, heredaba el trono. No siempre los primeros nacidos, eran los que recibían la primogenitura, como en el caso de Abraham, no fue Ismael el hijo de Agar la esclava, quien heredó la primogenitura, sino que fue Isaac, el hijo de la promesa. En el caso de Isaac, fue Jacob el que la recibió, dice la Biblia: ...El mayor servirá al menor. Tal como está escrito: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí (Romanos 9:11-13); sin mencionar que Esaú, finalmente vendió su primogenitura por un plato de lentejas y de igual manera perdió su bendición (Génesis 25:31-34).



Finalmente como declara la Biblia, el Señor Jesús es el primogénito del Padre. El apóstol Pablo escribió: Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación (Colosenses 1:15). La carta a los hebreos también nos dice: Porque ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Hijo mío eres tú, Yo te he engendrado hoy? y otra vez: ¿Yo seré Padre para Él y Él será Hijo para Mí? Y de nuevo, cuando trae al Primogénito al mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios (Hebreos 1:6-7). Veremos en esta oportunidad, cómo el Señor nos predestinó para adopción como hijos primogénitos mediante Jesucristo, como dice la Palabra: ...Si somos hijos, también somos herederos de Dios y coherederos juntamente con Cristo (Efesios 1:5; Romanos 8:17).

El apóstol Pablo nos exhorta en su carta a los efesios diciendo que debemos llegar a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito, entre muchos hermanos (Efesios 4:13; Romanos 8:29).



DIRECTOR GENERAL
Pedro G. Legrand
Profeta

DISEÑO Y REDACCIÓN
Pedro G. Legrand
Jonatan Aguilar
Jorge Vásquez

TÉLEFONO/WHATSAPP
+502 54744779
CORREO
idcluzdelasnaciones@gmail.com

DIRECCIÓN
17 Avenida 5-62 zona 1
Ciudad de Guatemala

Los Adanes

En la antigüedad la primogenitura, correspondía a un derecho fundamental entre las familias de aquel entonces; al primogénito le correspondía recibir las tierras y la responsabilidad familiar, por este motivo, el individuo tenía mucho mayores cargas que sus hermanos, se le exigía que tuviera don de mando, que tuviera conocimientos en muchas ramas del saber, etc. Esto con el fin de convertirse en un patriarca para su familia, de aquí radica que en aquel tiempo, si el padre desarrollaba un oficio, el hijo mayor, debía convertirse en su aprendiz, para luego convertirse en el maestro de obra y maestro para la familia. Teniendo esto en cuenta, nos tomaremos este tiempo al estudio de la primogenitura de dos personajes bíblicos, comenzando por Adán, el primer hombre y luego a Jesucristo nuestro Señor, el postrer Adán. Dice la Biblia: Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó pues Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra... Y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y fue la mañana: el sexto día (Génesis 1:26-31). Es interesante este relato, ya que, aunque Adán no era un hijo de entrañas, es decir, que nadie lo dio a luz, sino más bien era una criatura; Dios, el creador de todas las cosas, le dio al hombre un lugar sobre la creación, haciendo de él un primogénito, al que se le delegó tierra, responsabilidad y dominio, pero más importante aún, el hombre había heredado del Señor, su imagen y semejanza, algo que a nada ni nadie había sido otorgado anteriormente.

Dicho lo anterior, Adán, tenía que aprender su oficio, teniendo una relación íntima con aquel que le dio vida, lastimosamente, se echó a perder dicha comunión a causa de su desobediencia, ya que el hombre escuchó a la serpiente e hizo de menos la voz de su Señor, dando como resultado, lo que dice la Escritura: Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por un hombre y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron... Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir (Romanos 5:12-14). Como podemos ver, Adán en cuanto a la humanidad, fue también primogénito del pecado, la primogenitura que había recibido, fue vendida y entregada en manos de la serpiente, motivo por el cual nosotros, toda la humanidad, fuimos condenados a perecer a causa del pecado, siendo destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23); esto es muy similar a lo hecho por Esaú, quien por un plato de lentejas hizo de menos la primogenitura (Génesis 25:29-34), Adán y Eva por su parte, la vendieron por el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis cap. 3). Según lo que dice la carta a los romanos, ...el cual es figura del que había de venir, entendemos que nos está hablando de Jesucristo, nuestro Señor, dice la Biblia: Así también está escrito: El primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente. El último Adán, espíritu que da vida. Sin embargo, el espiritual no es primero, sino el natural; luego el espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo. Como es el terrenal, así son también los que son terrenales; y como es el celestial, así son también los que son celestiales. Y tal como hemos traído la imagen del

terrenal, traeremos también la imagen del celestial (1 Corintios 15:45-49). Adán después de perder su lugar, dejó de ser alma viviente, para convertirse en alma que hereda el pecado, es decir la muerte, pues todos los que le siguieron en sus generaciones son pecadores, dice la Biblia: Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6:23). El Señor teniendo en cuenta que la primogenitura, el regalo que le había sido otorgado a Adán y que la humanidad perdió, dispuso un plan de restauración para todas las cosas, dice la Biblia: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:16). Se necesitaba de un primogénito que tomara el lugar que se había perdido, pero como ninguno de nosotros era capaz de tal hazaña, dice la Escritura: Vuestra actitud debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz! (Filipenses 2:5-8). Una de las cosas a resaltar en Jesucristo nuestro Señor, es que a diferencia de Adán, Él fue obediente hasta la muerte, Él no vendió su primogenitura, la mantuvo hasta el final y la sigue sosteniendo, pues dice el Texto: Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas y en Él todas las cosas permanecen (Colosenses 1:15-17).

Esto quiere decir que Jesucristo, fue, es y será el primogénito por excelencia, desde la eternidad y por la eternidad, amén. Jesús, es antes que todo lo creado y Él sostiene la creación, como el primogénito de todo, él tiene el dominio sobre todas las cosas, Él es el heredero de Dios el Padre, dice la Escritura: Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo en su venida; entonces vendrá el fin, cuando Él entregue el reino al Dios y Padre, después que haya abolido todo dominio y toda autoridad y poder. Pues Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el último enemigo que será abolido es la muerte. Porque Dios ha puesto todo en sujeción bajo sus pies. Pero cuando dice que todas las cosas le están sujetas, es evidente que se exceptúa a aquel que ha sometido a Él todas las cosas. Y cuando todo haya sido sometido a Él, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (1 Corintios 15:22-28). Como primogénito y mediador del Nuevo Pacto, Jesús, nos hace herederos de Dios y coherederos con Él y nos da la oportunidad de llegar a la plenitud del varón, el primogénito perfecto (Hebreos Cap. 8; Romanos 8:16-17), pues dice la Biblia: Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre (Juan 1:12); Por tanto, puesto que tenemos en derredor nuestro tan gran nube de testigos, despojémonos también de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, menospreciando la vergüenza y se ha sentado a la diestra del trono de Dios (Hebreos 12:1-2).

Los Levitas

El concepto de primogenitura nos refiere al nacimiento del primer varón nacido de una familia, al cual se le honra con mayor dignidad y es un atributo o un derecho del cual, solo el primogénito goza. La primogenitura, era tomada muy en cuenta al momento de repartir la herencia del Padre, por lo que podemos decir que el ser un primogénito, confería preeminencia sobre todos los demás hijos, pues se le daba una doble porción (Deuteronomio 21:15-17). De entre los primogénitos que habla la Palabra, encontramos al pueblo de Israel, el cual estaba bajo el poder de Faraón. Dios envió a Moisés para que llevara el siguiente mensaje al rey de Egipto: Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Y te he dicho: Deja ir a mi hijo para que me sirva, pero te has negado a dejarlo ir. He aquí, mataré a tu hijo, a tu primogénito (Éxodo 4:22). Lamentablemente, el corazón de faraón se endureció y no atendió a lo que el Señor dijo, sino que se ensañó más en contra del pueblo, por lo que Dios envió plagas y enfermedades a Egipto, terminando con la muerte de los primogénitos de los egipcios, por lo que ellos mismos apremiaban a Israel a salir, ya que pensaban que todos morirían (Éxodo 12:33).

El Señor como un padre con su hijo, rescató a Israel del yugo de esclavitud, sin embargo, más adelante el Señor les dijo: Vosotros habéis visto lo que he hecho a los egipcios y cómo os he tomado sobre alas de águilas y os he traído a mí. Ahora pues, si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa... (Éxodo 19:4-6) y aún más adelante dice: Y el Señor ha declarado hoy que tú eres su pueblo, su exclusiva posesión, como Él te prometió y que debes guardar todos sus mandamientos; y que Él te pondrá en alto sobre todas las naciones que ha hecho, para alabanza, renombre y honor; y serás un pueblo consagrado al Señor tu Dios, como Él ha dicho (Deuteronomio 26:18-19). Todo esto nos enseña, que Israel fue escogido por Dios como el primogénito de las naciones de la tierra, si decidían seguirlo, se convertirían en sacerdotes, es decir, que se convertirían en el modelo de una nación apartada para el Señor. Aunque existían naciones más grandes y poderosas, el Señor escogió a Israel a causa de la

promesa que hizo a Abraham, Isaac y Jacob, pero los israelitas debían mantenerse apartados para Dios, si no estarían menospreciando su primogenitura. Esto nos enseña la importancia, de la búsqueda y consagración del pueblo de Dios, porque de no hacerlo así, vendrían consecuencias; no debemos ser obstinados creyendo, que por cuanto somos sus escogidos y hemos sido consagrados a Él, estamos exentos de pecar o de no buscarle, sino que debemos entender que nos escogió, por su misericordia para que seamos de su pertenencia, como dice la Biblia: ...Pues vosotros en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia (1 Pedro 2:10).

Dios habló de los primogénitos de Israel diciendo: Porque mío es todo primogénito; el día en que herí a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, consagré para mí a todos los primogénitos en Israel, desde el hombre hasta el animal. Míos serán; yo soy el Señor (Números 3:13). En este pasaje podemos notar, que Dios tomó a todo varón que abre matriz y los hizo suyos, sin importar que fueran de hombre o de animal, así los consagró para Él. Posteriormente, Dios escogió a la tribu de Levi como su primogénito, para que ministraran delante del Señor (Números 8:5-20). Dentro de todo lo que correspondía a los levitas, según su primogenitura, el Señor dijo: En aquel tiempo el Señor apartó la tribu de Levi para que llevara el arca del pacto del Señor y para que estuviera delante del Señor, sirviéndole y bendiciendo en su nombre hasta el día de hoy. Por tanto, Leví no tiene porción o herencia con sus hermanos; el Señor es su herencia, así como el Señor tu Dios le habló (Deuteronomio 10:8-9); dentro de las funciones sacerdotales podemos resaltar, que ellos eran quienes recibían los diezmos de sus hermanos, pero esto no procedía de ellos, sino mas bien de Abraham, pues dice la Escritura: Considerad pues, la grandeza de este hombre a quien Abraham, el patriarca, dio el diezmo de lo mejor del botín. Y en verdad los de los hijos de Leví que reciben el oficio de sacerdote, tienen mandamiento en la ley de recoger el

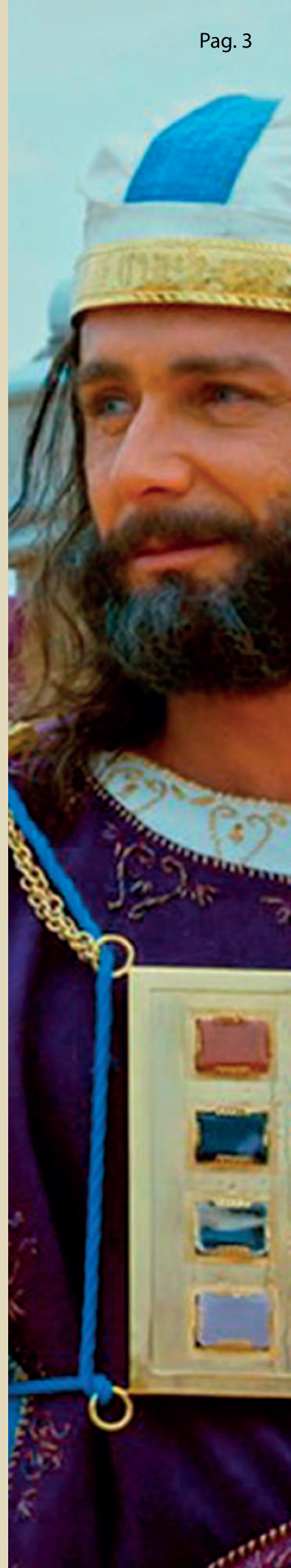
diezmo del pueblo, es decir, de sus hermanos, aunque éstos son descendientes de Abraham. Pero aquel cuya genealogía no viene de ellos, recibió el diezmo de Abraham y bendijo al que tenía las promesas. Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. Aquí, ciertamente hombres mortales reciben el diezmo, pero allí, los recibe uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, por medio de Abraham aun Leví, que recibía diezmos, pagaba diezmos, porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. Ahora bien, si la perfección era por medio del sacerdocio levítico (pues sobre esa base recibió el pueblo la ley), ¿Qué necesidad había de que se levantara otro sacerdote según el orden de Melquisedec y no designado según el orden de Aarón? Porque cuando se cambia el sacerdocio, necesariamente ocurre también un cambio de la ley.

Pues aquel de quien se dicen estas cosas, pertenece a otra tribu, de la cual nadie ha servido en el altar. Porque es evidente que nuestro Señor descendió de Judá, una tribu de la cual Moisés no dijo nada tocante a sacerdotes (Hebreos 7:4-14). El Señor Jesús se ha convertido en el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe y nos hizo suficientes como ministros de un Nuevo Pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida (Hebreos 3:1-2; 2 Corintios 3:4-6); como dice el apóstol Pedro: Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable... (1 Pedro 2:9). Si hacemos una comparación entre el sacerdocio levítico y el sacerdocio del creyente, podemos entender cuales son

nuestros derechos y obligaciones, pues la palabra de Dios nos dice: Estas cosas les sucedieron como ejemplo y fueron escritas como enseñanza para nosotros, para quienes ha llegado el fin de los siglos (1 Corintios 10:11). Por lo tanto, aquellos hombres, debían guardar sus vestiduras honrosamente al igual que nosotros, como dice la Biblia: (He aquí, vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus ropas, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza.) (Apocalipsis 16:15).

En el Antiguo Testamento, los levitas debían llevar el arca sobre sus hombros, pero en la actualidad, nosotros como sacerdotes, llevamos la presencia de Dios en nuestro corazón, como dice el apóstol Pablo a los corintios: Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu (2 Corintios 3:17-18; 1 Corintios 3:16). De esta manera, podemos ver que así como el Señor, escogió a los levitas, también nos escogió como sus primogénitos según lo que dice la Palabra a los romanos: El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él, a fin de que también seamos glorificados con Él (Romanos 8:16-17).

De esto inferimos, que el servicio de los levitas era exterior, pero el de los creyentes, es interior, como dice el Señor: Si alguno me sirve, que me siga; y donde yo estoy, allí también estará mi servidor; si alguno me sirve, el Padre lo honrará (Juan 12:26).



Patriarcas

La primogenitura, se da dentro de las familias al primer hijo varón que nace, quien recibe una mayor dignidad, así también, ellos reciben una responsabilidad mayor que la de sus hermanos, por ejemplo: En la Edad Media cuando el padre de familia moría, el hijo mayor, era quien heredaba la totalidad de las tierras y fortuna de la familia, él era el encargado de tomar el lugar del padre, para cuidar y proteger el patrimonio familiar. En la Biblia vemos a un hombre llamado Abraham, quien vivía en Ur de los caldeos; a este varón, el Señor lo había escogido para hacer de él, una nación grande, por lo tanto, Dios le prometió que le daría una descendencia como el polvo de la tierra, como la arena del mar y como las estrellas del firmamento (Génesis 12:1-4, 13:16, 15:5 y 22:17). En estos pasajes vemos como el Señor, prometió a Abraham, darle una descendencia extensa, con el propósito de que él enseñara a sus hijos después de él, a guardar el camino del Señor, haciendo justicia y juicio (Génesis 18:19); es decir que, tanto su primogénito, como el resto de los hijos de sus hijos, debían continuar con la misma visión que Dios le había dado.

Debemos notar que el Señor engrandeció a Abraham no solo en lo material, sino que también en lo espiritual, tomemos en cuenta, lo dicho por el apóstol Pablo a los romanos: Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto (Romanos 12:2). Esto quiere decir que nuestra descendencia, no solamente tendrá frutos naturales, sino que también espirituales, por lo tanto, no debemos formar a nuestros hijos a nuestra imagen y apariencia, pues dice la Biblia: Y os habéis vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó (Colosenses 3:10). Y agrega: El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu

de que somos hijos de Dios y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él, a fin de que también seamos glorificados con Él (Romanos 8:16-17). Según nos dice la Palabra, Abraham tuvo un hijo varón con Agar su sierva, cuyo nombre fue Ismael, sin embargo, aunque fue el primer hijo, no fue escogido como el heredero, ya que el Señor le había prometido que tendría un hijo de sus entrañas con Sara su esposa, con el que Dios establecería su pacto (Génesis 17:18-19). Este hijo fue Isaac, a quien el Señor le confirmó, el juramento que le hizo a su padre Abraham, diciéndole: Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y daré a tu descendencia todas estas tierras; y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque Abraham me obedeció y guardó mi ordenanza, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes (Génesis 26:4-5). Luego que Isaac se uniera con su mujer Rebeca, ella tuvo mellizos y cuando llegó el tiempo de dar a luz, salió el primer hijo y era rojizo, todo velludo como una pelliza y lo llamaron Esaú, después nació su hermano, quien salió con su mano asida al talón de Esaú y lo llamaron Jacob; estos dos niños crecieron e Isaac amó a Esaú, pues se convirtió en un diestro cazador, hombre del campo y Rebeca amaba a Jacob, pues él era pacífico y habitaba en las tiendas.

Un día Jacob había preparado un delicioso guisado y su hermano Esaú vino del campo agotado y le dijo a su hermano Jacob: Te ruego que me des a comer un poco de ese guisado rojo, pues estoy agotado y Jacob le respondió: Véndeme primero tu primogenitura y Esaú dijo: He aquí estoy a punto de morir; ¿de qué me sirve pues, la primogenitura? Y Jacob dijo: Júramelo primero; y él se lo juró y vendió su primogenitura a Jacob. Entonces Jacob dio a Esaú pan y guisado de lentejas; y él comió y bebió, se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura (Génesis 25:19-34). Esto nos enseña, que la primo-

genitura se puede perder o vender, lamentablemente, Esaú la cambio por un plato de lentejas; esto lo podemos tomar, como una persona que ha recibido al Señor en su corazón, se ha bautizado, ha servido en la casa de Dios y ha sido restaurado, pero es seducido por la naturaleza del mundo y se vuelve a ella, haciéndose como dice la Escritura: Porque si después de haber escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, de nuevo son enredados en ellas y vencidos, su condición postrera viene a ser peor que la primera. Pues hubiera sido mejor para ellos no haber conocido el camino de la justicia, que, habiéndolo conocido, apartarse del santo mandamiento que les fue dado. Les ha sucedido a ellos según el proverbio verdadero: el perro vuelve a su propio vomito y la puerca lavada, vuelve a revolcarse en el cieno (2 Pedro 2:20-22). Cuando Isaac ya era viejo, quiso bendecir a Esaú, pero Jacob suplantó a su hermano y tomó la bendición para él, esto sucedió por lo que fue dicho por el Señor, pues dice: Dos naciones hay en tu seno y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro y el mayor servirá al menor (Génesis 25:23) y así se convirtió Jacob en el primogénito de Isaac; Dios fue quien escogió a Jacob, tal como está escrito: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí. ¿Qué diremos entonces? ¿Qué hay injusticia en Dios? ¡De ningún modo! Porque Él dice a Moisés: Tendré misericordia del que Yo tenga misericordia y tendré compasión del que yo tenga compasión. Así que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene miseri-

cordia (Romanos 9:13-16). El Señor escogió a Jacob, porque en él se cumpliría la promesa hecha a Abraham e Isaac, por el contrario, Esaú al ser un hombre del campo (mundo), no habría seguido la voz del Señor, sino la de sus pasiones. El Señor bendijo a Jacob con muchos hijos, teniendo doce, los cuales eran: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín y una hija llamada Dina. De entre todos los hijos de Jacob, amó más a José, porque era el hijo de su vejez, lo que hacía que sus hermanos le tuvieran envidia, tanto así que lo vendieron e hicieron creer a su padre, que una bestia lo había devorado. José fue llevado a Egipto, donde fue vendido como esclavo hasta llegar a ser el segundo de Faraón. Estando José a cargo, el Señor lo hizo prosperar y tuvo dos hijos, el primogénito fue Manasés, que significa olvido y el segundo cuyo nombre era Efraín, que significa fructífero (Génesis Cap. 37-41). Vemos que José, se convirtió en el primogénito de Jacob y Dios lo hizo prosperar en todas las cosas, aún en tiempos de aflicción. Si vemos el mensaje encriptado en el significado de los nombres de los hijos de José, nos daremos cuenta, que él olvidó su amargo pasado y el Señor lo hizo fructífero. Tomando el consejo de José y lo dicho por el apóstol Pablo a los filipenses: Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3:13-14).



Los reyes

Desde la perspectiva de la Biblia, la palabra primogénito, viene del vocablo Bekor (H1060) y significa jefe, mayor, primero, primicia, primogenitura; se consideraba que el primogénito era el que abría matriz. Según la tradición hebrea, al llegar a una edad determinada se le debía tomar como el jefe o patriarca familiar, por esto al primogénito le tocaba la doble porción, herencias y responsabilidad, entre otras cosas. Tomando esto en cuenta, podemos encontrar algunos personajes de los cuales hablar sobre este tema en particular, pero en esta ocasión hablaremos primeramente de Samuel, hijo de Elcana y Ana. En el antiguo tiempo y en las regiones del oriente, sobre todo en Israel, era tomado como afrenta o vergüenza el no tener hijos, ya que se esperaba la venida del Salvador, por lo cual toda mujer deseaba ardientemente tener hijos.

Ana la madre de Samuel, era una mujer estéril, sufría grandes agravios constantemente de parte de Penina, su rival; Ana se sentía mal y no comía y su esposo le dijo: Entonces Elcana su marido le dijo: Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué está triste tu corazón? ¿No soy yo para ti mejor que diez hijos? Pero Ana se levantó después de haber comido y bebido en Silo y mientras el sacerdote Elí estaba sentado en la silla junto al poste de la puerta del templo del Señor, ella, muy angustiada, oraba al Señor y lloraba amargamente. E hizo voto y dijo: Oh Señor de los ejércitos, si tú te dignas mirar la aflicción de tu sierva, te acuerdas de mí y no te olvidas de tu sierva, sino que das un hijo a tu sierva, yo lo dedicaré al Señor por todos los días de su vida y nunca pasará navaja sobre su cabeza (1 Samuel 1:8-11). Como podemos observar el vientre de Ana, estaba cerrado y no podía producir fruto, pero en su aflicción oró al Señor y ofreció a su hijo a Dios, aun antes de que este existiera y el fruto que produciría sería extraordinario, el vientre de Ana es un referente para nosotros, pues no era casualidad el nacimiento de Samuel, pues dice la Biblia: Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí y antes que nacieras, te consagré, te puse por profeta a las naciones (Jeremías 1:5). Y agrega: Y sabemos que para los que

aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Romanos 8:28-30). Samuel creció delante de Dios y se convirtió en un profeta reconocido y respaldado por Dios, dice la Palabra: Samuel creció y el Señor estaba con él; no dejó sin cumplimiento ninguna de sus palabras. Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, supo que Samuel había sido confirmado como profeta del Señor. Y el Señor se volvió a aparecer en Silo; porque el Señor se revelaba a Samuel en Silo por la palabra del Señor (1 Samuel 3:19-21).

Samuel se convirtió no solo el primogénito de su familia, sino también el primogénito de los profetas confirmados y es el último de los jueces; interesante combinación de factores, pues como primogénito de los profetas, tenía el trabajo de instituir de nuevo la visión del Señor que se había perdido en el tiempo de Elí, pues dice la Biblia: El joven Samuel servía al Señor en presencia de Elí. La palabra del Señor escaseaba en aquellos días, las visiones no eran frecuentes (1 Samuel 3:1). Tomando en cuenta esto, podemos ver que no había visión en Israel y dice la Palabra: Donde no hay visión, el pueblo se desenfrena, se extravía y perecerá, pero bienaventurado es el que guarda la ley (Proverbios 29:18 OSO, BAD, LBLA). En su función como juez de Israel, su trabajo consistió en hacer que el corazón del pueblo se volviera al Señor, pero este no perseveró en lo establecido por Dios y pidieron al profeta, ser como las demás naciones, teniendo un rey que entrara y saliera delante de ellos. Samuel se entristeció con la petición del pueblo, mas el Señor le dijo: Escucha la voz del pueblo en cuanto a todo lo que te digan, pues no te han desechado a ti, sino que me han desechado a mí para que no sea rey sobre ellos (1 Samuel Cap. 8). Entonces el Señor levantó a Saúl como el primogénito de los reyes, para que

gobernar sobre su pueblo, pero aquel varón, fue descalificado por el Señor, quitándole el trono y dándoselo a otro mejor que él, de tal manera que fue eliminado del registro de los reyes de Israel. El Señor habló a Samuel para que escogiera dentro de los hijos de un hombre llamado Isaí de Belén y fue a él. Isaí hizo pasar delante del profeta a su primogénito Eliab y a seis de sus hermanos, pero Dios no se agradó de ninguno de ellos, entonces el profeta preguntó a Isaí ¿Son estos todos tus hijos? Y él respondió: Aún queda el menor, que está apacentando las ovejas. Entonces Samuel dijo a Isaí: Manda a buscarlo, pues no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga acá. Y envió por él y lo hizo entrar, era rubio, de ojos hermosos y bien parecido. Y el Señor dijo: Levántate, ungele; porque éste es. Entonces Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos; y el Espíritu del Señor vino poderosamente sobre David desde aquel día en adelante. Luego Samuel se levantó y se fue a Ramá (1 Samuel 16:12-13).

Es de resaltar, que David era el más pequeño de sus hermanos y con esto queremos decir, el más insignificante, pues su mismo padre lo menospreciaba de entre sus hermanos. David era pastor del rebaño de las ovejas de su padre, no era un hombre alto y de hermoso parecer, como sus demás hermanos, pero el Señor le había hecho con un corazón con forme al suyo (Hechos 13:22). Para convertirse en el primogénito de los reyes, David pasó por un proceso de prepara-

ción, sirvió a en el palacio de Saúl liberándolo del espíritu malo que venía sobre él, posteriormente, la Palabra nos indica que los filisteos, enemigos de Israel, desafiaron a sus escuadrones por medio de un hombre de gran estatura llamado Goliat. Fue el pequeño David, quien venció al gigante y libertó al pueblo de sus enemigos, de ahí que las mujeres empezaron a cantar, Saúl, mató a sus miles y David a sus diez miles; lo que enfureció al rey, pero esto fue el principio de su declinar mientras que para David, fue el principio de su poderío. Finalmente, David llegó a ser el más grande rey y unificador de las tribus de Israel, bajo su poder, la extensión del reino llegó a ser muy grande.

En el corazón de David, estaba construir una casa para Dios, pero el Señor le dijo, que le daría un descendiente después de él, el cual saldría de sus entrañas y que establecería su reino y su trono para siempre (2 Samuel 7:8-16); este descendiente del cual estaba hablando el Señor, saldría precisamente al igual que él de Belén y de la tribu de Judá, de una virgen llamada María (Isaías 7:14). Cristo, el primogénito del Padre (Hebreos Cap. 1), se convirtió en Rey de reyes y Señor de señores, por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:9-11).



La Iglesia

Cuando Dios envió a Moisés a Egipto para liberar a su pueblo de la opresión de Faraón, no imaginó que vería suceder grandes prodigios y maravillas, empezando por la zarza ardiente, luego vio su vara convertirse en serpiente y más adelante, las plagas con las que Dios mostraría su gloria; las cuales culminaron con la muerte de los primogénitos de Egipto, empezando por el hijo de Faraón. En cuanto a los hijos de Israel, todos los primogénitos, tanto de hombre como de animal, fueron guardados por la sangre del cordero pascual, el Señor los pasó por alto de la muerte. Desde aquella noche en adelante, la fiesta de la pascua fue instituida por Dios como ordenanza perpetua, pues el Señor sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por sus ejércitos (Éxodo Cap. 12). Luego de esto, el Señor habló con Moisés diciendo: Conságrame todo primogénito; el primer nacido de toda matriz entre los hijos de Israel, tanto de hombre como de animal, me pertenece (Éxodo 13:1-2). Posteriormente, el Señor dijo a Moisés: Haz que se acerque la tribu de Leví y ponlos delante del sacerdote Aarón para que me sirvan.

Y se encargarán de las obligaciones para conmigo y para con toda la congregación, delante de la tienda de reunión, para cumplir con el servicio del tabernáculo. Y guardarán también todos los utensilios de la tienda de reunión, junto con las obligaciones de los hijos de Israel, para cumplir con el servicio del tabernáculo. El Señor agregó: Mira, yo he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todos los primogénitos, los que abren el seno materno de entre los hijos de Israel. Los levitas pues, serán míos. Porque mío es todo primogénito; el día en que herí a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, consagué para mí a todos los primogénitos en Israel, desde el hombre hasta el animal. Míos serán; yo soy el Señor. Entonces el Señor dijo a Moisés: Cuenta a todos los primogénitos varones de los hijos de Israel de un mes arriba y haz una lista de sus nombres. Y tomarás a los levitas para mí, yo soy el

Señor, en lugar de todos los primogénitos entre los hijos de Israel y el ganado de los levitas en lugar de todos los primogénitos del ganado de los hijos de Israel. Y contó Moisés a todos los primogénitos de los hijos de Israel, tal como el Señor le había ordenado y todos los primogénitos varones conforme al número de sus nombres de un mes arriba; los enumerados, eran veintidós mil doscientos setenta y tres. Entonces habló el Señor a Moisés, diciendo: Toma a los levitas en lugar de todos los primogénitos entre los hijos de Israel y el ganado de los levitas. Los levitas serán míos; yo soy el Señor. Y como precio de rescate por los doscientos setenta y tres de los primogénitos de los hijos de Israel que exceden a los levitas, tomarás cinco siclos por cada uno, por cabeza; los tomarás conforme al siclo del santuario (el siclo tiene veinte geras) y da el dinero, el rescate de los que hay en exceso entre ellos a Aarón y a sus hijos. Moisés pues, tomó el dinero de rescate de los que excedían el número de los redimidos por los levitas; de los primogénitos de los hijos de Israel tomó el dinero, conforme al siclo del santuario, mil trescientos sesenta y cinco siclos.

Entonces Moisés dio a Aarón y a sus hijos el dinero del rescate, por mandato del Señor, tal como el Señor había ordenado a Moisés (Números Cap. 3). La Biblia nos deja ver la historia de varios hombres que, aunque no eran primogénitos por su orden de nacimiento, lo fueron por elección de Dios, como en el caso del rey David, quien era el más pequeño e insignificante entre sus hermanos, pero que al momento, en que Samuel tenía que escoger al futuro rey de Israel, pasaron ante él los siete hermanos mayores, que aunque eran altos y de buena apariencia, fueron desechados por el Señor. Dios dijo al profeta: No mires su apariencia, ni a lo alto de su estatura, porque los he desechado; pues Dios ve no como el hombre ve, pues el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón (1 Samuel 16:7). Amnón hijo de Ahinoam, fue el primogénito de David, pero el Señor

escogió a Salomón como heredero del reino y lo bendijo con gran sabiduría para gobernar. David dio órdenes a su hijo Salomón, diciendo: Para que el Señor cumpla la promesa que me hizo, diciendo: Si tus hijos guardan su camino, andando delante de mí con fidelidad, con todo su corazón y con toda su alma, no te faltará hombre sobre el trono de Israel (1 Reyes 2:4). Esta promesa se cumplió en Jesús el Mesías, el hijo de David (Lucas 18:35-39). De Jesús dice la Escritura: Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas y en Él todas las cosas permanecen. Él es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia; y Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, a fin de que Él tenga en todo, la primacía (Colosenses 1:15-18). De igual forma declara la carta a los hebreos: Siendo mucho mejor que los ángeles, por cuanto ha heredado un nombre más excelente que ellos. Porque ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy; y otra vez: Yo seré Padre para Él ¿Y el será Hijo para mí? Y de nuevo, cuando trae al Primogénito al mundo, dice: Y Adórenle todos los ángeles de Dios (Hebreos 1:4-6). Lucas también nos dice que, en el primer censo que levantó Cireneo, gobernador de Siria, todos debían de inscribirse en su ciudad natal; a José, padre putativo de Jesús, le tocó subir de Galilea a Nazaret de Judea, a Belén, por ser de la casa y familia de David, para inscribirse junto con María, la cual estaba encinta. En esos días, se cumplió el tiempo de su alumbramiento y dio a luz a

su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón (Lucas 2:2-7). La Carta a los Efesios, hace referencia a que el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor, nos predestinó para adopción como hijos para sí mediante Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad (Efesios 3:3-5). Esta misma idea la retoma Pablo en su carta a los romanos, dice: Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él, a fin de que también seamos glorificados con Él (Romanos Cap. 8). Vemos pues, que en Cristo, Dios nos hizo a todos primogénitos, somos coherederos con nuestro amado Salvador de toda bendición, tal como dice la carta a los hebreos: Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial y a miríadas de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos y a Dios, el Juez de todos y a los espíritus de los justos, hechos ya perfectos y a Jesús, el mediador del nuevo pacto... (Hebreos 12:22-24)



Santa Cena



2/10/2022, 10:00 a.m.
17 avenida 5-62 zona 1

!Buenos Días con Dios!

**Lunes y
miércoles a las
7:00 a.m. por**



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones



DISPONIBLE EN
Google Play



Disponible en el
App Store